



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Artículo de Investigación

2025

Héctor Manuel Cebreros Moreno

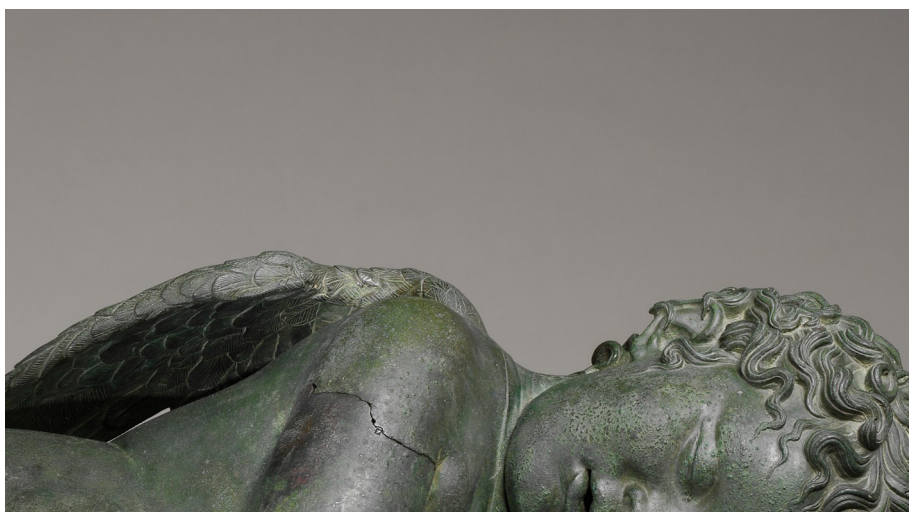
**Aproximaciones desde el psicoanálisis al enigmático encuentro
con el objeto-droga**

Revista Affectio Societatis, Vol. 22, N.° 43, julio-diciembre de 2025

Art. # 7(pp. 1-24)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN



APROXIMACIONES DESDE EL PSICOANÁLISIS AL ENIGMÁTICO ENCUENTRO CON EL OBJETO-DROGA

Héctor Manuel Cebreros Moreno
Universidad Complutense de Madrid
hectorce@ucm.es

<https://doi.org/10.17533/udea.affs.v22n43a07>

Resumen

Este artículo propone un análisis psicoanalítico del consumo problemático de drogas, entendido como un fenómeno en el que convergen dimensiones inconscientes, culturales y territoriales. Desde un enfoque clínico-interpretativo, se examinan narrativas de un usuario en tratamiento, complementadas con fragmentos literarios que permiten iluminar los procesos simbólicos implicados. Los hallazgos muestran que la denominada “experiencia mística” del primer consumo constituye un núcleo de fijación libidinal, donde se inscriben huellas mnémicas que organizan la compulsión a la repetición. Asimismo, la droga adquiere el estatus de objeto narcisista, invistiendo al yo de un poder imaginario frente

a experiencias previas de carencia o fragmentación psíquica. Finalmente, se analiza el papel de los factores culturales y sociales en la construcción subjetiva del objeto-droga, mostrando que la sustancia actúa simultáneamente como soporte imaginario, signo colectivo y organizador psíquico. El estudio concluye que comprender las drogodependencias exige un abordaje integral que articule los mecanismos inconscientes con los soportes simbólicos y contextuales ofreciendo nuevas perspectivas para la clínica.

Palabras clave: drogodependencias; psicoanálisis; experiencia mística; objeto narcisista; compulsión a la repetición; soportes simbólicos.

APROXIMAÇÕES DESDE A PSICANÁLISE AO ENIGMÁTICO ENCONTRO COM O OBJETO-DROGA

Resumo

Este artigo propõe uma análise psicanalítica do consumo problemático de drogas, compreendido como um fenômeno em que convergem dimensões inconscientes, culturais e territoriais. A partir de uma aproximação clínico-interpretativa, são examinadas narrativas de um usuário em tratamento, complementadas por fragmentos literários que permitem iluminar os processos simbólicos implicados. Os resultados mostram que a denominada “experiência mística” do primeiro consumo constitui um núcleo de fixação libidinal, onde se inscrevem traços mnêmicos que organizam a compulsão à repetição. Da mesma forma, a droga adquire o estatuto de objeto narcísico, investindo o eu

de um poder imaginário diante de experiências prévias de carência ou fragmentação psíquica. Por fim, analisa-se o papel dos fatores culturais e sociais na construção subjetiva do objeto-droga, mostrando que a substância atua simultaneamente como suporte imaginário, signo coletivo e organizador psíquico. O estudo conclui que compreender as dependências de drogas exige uma abordagem integral que articule os mecanismos inconscientes aos suportes simbólicos e contextuais, oferecendo novas perspectivas para a clínica.

Palavras-chave: dependências de drogas; psicanálise; experiência mística; objeto narcísico; compulsão à repetição; suportes simbólicos.

APPROCHES PSYCHANALYTIQUES DE LA RENCONTRE ÉNIGMATIQUE AVEC L'OBJET-DROGUE

Résumé

Cet article propose une analyse psychanalytique de la consommation problématique de drogues, comprise comme un phénomène où convergent des dimensions incons-

cientes, culturelles et territoriales. Dans une approche clinique et interprétative, l'on examine les récits d'un usager en traitement, complétés par des extraits littéraires permettant

d'éclairer les processus symboliques impliqués. Les résultats montrent que la dénommée « expérience mystique » de la première consommation constitue un noyau de fixation libidinale, où s'inscrivent des traces mnémoniques qui organisent la compulsion de répétition. De même, la drogue acquiert le statut d'objet narcissique, investissant le moi d'un pouvoir imaginaire face à des expériences antérieures de manque ou de fragmentation psychique. Enfin, le rôle des facteurs culturels et sociaux dans la construction subjective de l'objet-droge est analysé, montrant

que la substance agit simultanément comme support imaginaire, signe collectif et organisateur psychique. L'étude conclut que la compréhension des dépendances aux drogues exige une approche intégrale qui articule les mécanismes inconscients avec les supports symboliques et contextuels, offrant ainsi de nouvelles perspectives pour la clinique.

Mots clés : toxicodépendance ; psychanalyse ; expérience mystique ; objet narcissique ; compulsion de répétition ; supports symboliques.

APPROACHES FROM PSYCHOANALYSIS TO THE ENIGMATIC ENCOUNTER WITH THE OBJECT-DRUG

Abstract

This article offers a psychoanalytic analysis of problematic drug use, understood as a phenomenon where unconscious, cultural and territorial dimensions converge. Using a clinical-interpretative approach, it examines narratives from individuals undergoing treatment, complemented by literary fragments that illuminate the symbolic process involved. Findings indicate that the so-called "mystical experience" of the first use constitutes a libidinal fixation point, where mnemonic traces are inscribed that organize compulsion to

repeat. Likewise, the drug acquires the status of a narcissistic object, investing the ego with imaginary power in response to prior experience of deprivation or psychic fragmentation. Finally, the article explores the role of cultural and social factors in shaping the subjective construction of the drug-object, showing that the substance simultaneously functions as an imaginary support, a collective sign and a psychic organizer. The study concludes that understanding drug addiction requires an integrative approach that connects

unconscious mechanisms with symbolic and contextual supports, offering new perspectives for clinical practice.

Key words: drug-dependency; psychoanalysis; mystical experience; narcissistic object; repetition compulsion; symbolic supports.

Recibido: 02/06/2025 • Aceptado: 08/21/2025

Introducción

El fenómeno de las drogodependencias representa uno de los retos más complejos para la comprensión clínica y social contemporánea. Desde una perspectiva psicoanalítica, por ejemplo, el consumo problemático de sustancias no puede reducirse a su dimensión química o neurobiológica, por el contrario, esta coloca en entredicho el pensar la manera en cómo el sujeto inscribe simbólicamente la sustancia en su economía psíquica y en la construcción de su identidad.

El presente artículo propone una aproximación al vínculo singular que algunos sujetos establecen con el objeto-droga, atendiendo con particular atención el papel de los mecanismos de defensa —como el caso de la desmentida, la idealización, la despersonalización y la perturbación del recuerdo— en el inicio y mantenimiento de estas modalidades de consumo. Para ello, se analiza la narrativa clínica de un usuario en internamiento voluntario por consumo de opiáceos y otras sustancias psicoactivas en Tijuana, Baja California (México), complementando este material con fragmentos provenientes de obras literarias que permiten iluminar las dimensiones simbólicas y sociales de la experiencia subjetiva.

En ese sentido, la integración de estos dos tipos de material —el clínico y el literario— responde a una justificación metodológica que se pretende abordar más adelante: se trata de reconocer que ciertas representaciones culturales ofrecen claves para comprender la forma en que la psique construye significados alrededor de la droga, abriendo un diálogo entre la clínica, la literatura y la teoría.

Aunado a ello, este trabajo parte de la hipótesis de que la experiencia mística descrita por algunos usuarios en su primer encuentro con la sustancia constituye un momento fundante en la relación con el objeto-droga. Esta vivencia, frecuentemente idealizada y relatada con un carácter casi extracorpóreo, opera como núcleo de repetición y como organizadora del lazo entre el sujeto y la sustancia. En este sentido, se propone pensar el consumo como una expresión de una elección de objeto narcisista, en la que la psique se aferra a la materialidad

del objeto en un intento de sostener el sentimiento de omnipotencia fuertemente amenazado.

Finalmente, aunque el foco principal del análisis se sitúa en el campo del psicoanálisis, se reconocen también las implicaciones de factores biopsicosociales en la configuración del consumo, particularmente en relación con las funciones parentales, los estilos de crianza y los contextos de vulnerabilidad social. Estos elementos serán retomados en la discusión, buscando articularlos de forma coherente con los conceptos psicoanalíticos para ofrecer una visión integral del fenómeno.

Aproximaciones desde el psicoanálisis al enigmático encuentro con el objeto-droga

Dentro de la clínica de las drogodependencias, la denominada “experiencia mística” — también identificada como “flash” — constituye el núcleo fundamental para comprender la relación singular que el sujeto establece con la sustancia. Se trata de un recuerdo vivo, cargado de afecto, que conserva una vigencia psíquica tal que orienta la repetición compulsiva del consumo, en la búsqueda de recrear aquella primera vivencia de placer.

Si bien la obra freudiana no desarrolló una teoría sistemática sobre las drogodependencias, a partir de varios textos resulta posible aproximarse a una conceptualización en torno al consumo de sustancias desde esta perspectiva. En “El malestar en la cultura”, por ejemplo, Freud (1992/1930) plantea que los seres humanos, en su búsqueda por atenuar el displacer originado por la tensión pulsional y las exigencias del principio de realidad, pudiesen llegar a recurrir a las drogas como una de las “vías directas” para atenuar tal búsqueda; no obstante, este uso no se explicaría por el mero efecto químico de las sustancias, sino por el modo en que el sujeto las inscribiría simbólicamente en su economía libidinal.

De igual forma, en sus “Cartas a Fliess”, Freud (1992/1950) también sugiere que ciertas sustancias pudiesen operar como suplencias

narcisistas frente a un déficit estructural de satisfacción, hipótesis que permite comprender el consumo problemático no como una mera elección consciente, sino como un intento por restaurar un estado de completud perdido. De manera indirecta, textos como “La negación” (1992/1925) y “Fetichismo” (1992/1927) también aportan nociones fundamentales para entender la relación entre las drogodependencias y los mecanismos de defensa, particularmente en relación con la desmentida (*Verleugnung*), la idealización y la perturbación del recuerdo.

Tras los desarrollos de Freud, diversos autores buscaron ampliar la comprensión psicoanalítica de las drogodependencias, aportando perspectivas que enriquecen los análisis clínicos y teóricos del fenómeno. Tal es el caso de Otto Fenichel (1973), quien en *La teoría psicoanalítica de las neurosis* concibe a las drogodependencias como una forma particular de neurosis impulsiva en la que la sustancia actúa como un medio para la descarga inmediata de la tensión psíquica. Desde esta perspectiva, el consumo se concibe como un intento de controlar, de manera directa y externa, angustias profundas asociadas a la castración y a la pérdida de límites yoicos, funcionando la droga como un recurso defensivo frente a la imposibilidad de tramitar conflictos internos.

Por su parte, Erik Erikson (1950), desde una mirada del desarrollo psicosocial, vincula el consumo problemático con crisis de identidad no resueltas. Para este, las sustancias cumplirían una función compensatoria: permitirían sostener transitoriamente un sentido de continuidad personal donde la consolidación del *self* se vería comprometida, particularmente durante las etapas críticas de transición subjetiva.

En una línea distinta, Donald Winnicott (1981) introduce los conceptos de sostén materno y objeto transicional, fundamentales para comprender las drogodependencias en contextos de fallas tempranas en las funciones parentales. En este sentido, cuando el entorno primario no ofrecería un sostén suficientemente estable, la droga pudiese adquirir un estatuto transicional, funcionando como un objeto externo a través del cual el sujeto se permitiría restaurar provisoriamente una sensación de completud y continuidad psíquicas.

Por su parte, la teoría lacaniana también introduce elementos clave para pensar la relación entre el sujeto, la droga y el deseo. Para Lacan (2009/1960, 1972), el consumo puede entenderse como un intento por suplir una falta estructural del sujeto mediante la búsqueda de un goce ilimitado. Así, la sustancia actuaría como un “objeto *a*” que, lejos de satisfacer la pulsión, la redoblaría generando una dinámica repetitiva que organizaría la compulsión al consumo.

Asimismo, autores lacanianos contemporáneos, como Éric Laurent y Colette Soler, habrían profundizado en la función de la droga como un intento de “hacer Uno” con el objeto, borrando la separación constitutiva entre el yo y el Otro. Desde esta perspectiva, las drogodependencias pudiesen interpretarse como una resistencia frente a la castración simbólica, lo que permitiría articular con mayor precisión la hipótesis en torno a la elección de objeto narcisista, así como el papel de la idealización en la denominada experiencia mística.

Finalmente, Joyce McDougall (1991), en *Teatros del cuerpo*, propone que las drogodependencias constituyen “soluciones somáticas” frente a conflictos psíquicos que no habrían podido ser simbolizados. Desde esta perspectiva, el cuerpo se convierte en un escenario de expresión inconsciente donde la droga fungiría como la mediadora entre la imposibilidad de representar ciertas vivencias y la urgencia de tramitarlas mediante la acción. La sustancia, entonces, funcionaría como un recurso a través del cual sostener un equilibrio psíquico frágil, permitiendo así vehicular tensiones que, de otro modo, quedarían sin procesamiento.

En conjunto, estos aportes desde el psicoanálisis permiten situar el consumo de sustancias dentro de una problemática estructural en torno a la constitución subjetiva, en la cual la fragilidad narcisista, los déficits del sostén temprano y las dificultades en la simbolización predispondrían al establecimiento de un vínculo particular del sujeto con el objeto-droga.

De igual forma, esta integración teórica también permite ampliar la mirada freudiana inicial, al proporcionar un marco sólido para comprender la función psíquica que la sustancia, más allá de su

dimensión química o conductual, tendría para el sujeto, toda vez que se trataría de un punto de fijación en donde el objeto-droga adquiriría un estatuto privilegiado en la economía libidinal.

En este sentido, aludir a la experiencia mística en el consumo es hablar de una forma de experiencia subjetiva, íntimamente ligada con el mecanismo de la idealización, pues la sustancia, en cuanto configuradora de un objeto capaz de otorgar un placer total y casi extracorpóreo, se convierte en soporte del sentimiento de omnipotencia narcisista fuertemente amenazado. El consumo se orientaría, entonces, a mantener la vivencia de un estado paradisíaco “perdido” cuya restauración resultaría imposible, pero cuya búsqueda vendría a organizar la compulsión a la repetición.

Dicha articulación permite abrir un puente hacia los mecanismos de defensa que Freud (1992/1925, 1992/1936), así como la literatura psicoanalítica posterior, habrían identificado en torno a las drogodependencias. Se hace referencia a:

- La desmentida (*Verleugnung*), como intento de negar las limitaciones del cuerpo y la realidad.
- La perturbación del recuerdo, asociada a la construcción de un pasado idealizado que se persigue constantemente.
- La despersonalización, entendida como la vivencia de extrañamiento frente al yo y la propia experiencia corporal.

Estos mecanismos, sin embargo, no operarían de forma aislada, sino que se entrelazarían en la configuración subjetiva del vínculo con la sustancia, funcionando como un recurso defensivo frente a sentimientos previos de carencia, pérdida o desvalorización. De ahí que la experiencia mística, lejos de ser un fenómeno estrictamente fisiológico, deba comprenderse como parte de una compleja trama simbólica donde el objeto-droga se instituye como un sostén imaginario para el yo.

A fin de profundizar en torno al modo como la experiencia mística se inscribiría en la economía psíquica del sujeto, se vuelve necesario recuperar una referencia clave que Freud, en su célebre carta a Romain Rolland de 1936, escribe en relación con una vivencia personal en la

Acrópolis. Allí, al contemplar el paisaje, Freud es invadido por una sensación de irrealidad y escribe: “¿Entonces todo esto existe efectivamente tal como lo aprendimos en la escuela?!” (1992/1936, p. 214).

En ese sentido, Freud identifica un fenómeno que pronto denominará como “perturbación del recuerdo” (*Erinnerungsstörung*), aludiendo a un quiebre entre la percepción actual y la memoria previa. Así, este acontecimiento produciría un estado de extrañamiento frente a la realidad presente, generando un distanciamiento simbólico entre el sujeto y su propia experiencia.

A su vez, este concepto se articularía con la noción que desarrolla en torno al sentimiento de enajenación (*Entfremdungsgelühl*), entendido este como la vivencia subjetiva de que “aquella vivencia no sería del todo real”. Se trataría, pues, de un mecanismo de defensa que, al introducir un falso recuerdo en torno al pasado, permitiría al yo “colocar distancia” frente a aquello que le habría de resultar excesivamente disruptivo para la integridad psíquica.

Tal fenómeno, aunque poco explorado en la obra freudiana, se conectaría con otros textos fundamentales, tal es el caso de “Lo ominoso” (1992/1919), “La negación” (1992/1925) y “Fetichismo” (1992/1927). En ellos, por ejemplo, Freud analiza las diversas formas en las cuales el psiquismo recurriría a la falsificación de recuerdos y a la escisión del yo como modos a través de los cuales tramitar experiencias de angustia.

Ahora bien, en el caso particular de la clínica de las drogodependencias, la perturbación del recuerdo adquiere un particular valor, pues permite comprender cómo el sujeto reconstruye un pasado idealizado, al ubicar aquel primer encuentro con la sustancia en un lugar mítico, cargado de nostalgia y placer absoluto. Esta inscripción, lejos de resultar un simple dato biográfico, se convierte en el núcleo organizador de la relación con el objeto-droga como sostén de la compulsión a la repetición.

De este modo, la experiencia mística, interpretada a la luz de la perturbación del recuerdo, evidenciaría que el vínculo con la sus-

tancia se encontraría medido por una elaboración defensiva compleja en que la droga funcionaría como soporte imaginario del yo, así mismo, como vehículo mediante el cual sostener el sentimiento de omnipotencia amenazado, adquiriendo de tal modo la sustancia un estatuto simbólico singular: deja de ser un mero compuesto químico para convertirse en un objeto privilegiado, investido de un poder casi ilimitado a través del cual restaurar un estado de completud perdido.

En este sentido, la aproximación de Chamizo (2019) al mito de Narciso resulta especialmente iluminadora. Al contemplar su reflejo en el agua, Narciso se enfrenta a una paradoja: se reconoce y, al mismo tiempo, se extraña a sí mismo, pues aquello que ve le resulta inaccesible. Así, Octavio Chamizo interpreta este momento como la expresión de un sentimiento de enajenación, uno de los fenómenos que resuena con aquello que Freud (1992/1936) describió en función de la vivencia de extrañamiento en la perturbación del recuerdo.

Trasladado al campo de las drogodependencias, este breve análisis permite ilustrar cómo el objeto-droga se construye psíquicamente en cuanto reflejo idealizado: un objeto cercano pero inalcanzable, siempre buscado y nunca plenamente colmado. De ahí que la droga funcione como objeto narcisista en el sentido freudiano (Freud, 1992/1914). Es decir, un objeto investido por el yo como extensión de sí mismo para sostener su omnipotencia amenazada.

De igual forma, desde esta perspectiva, la elección de la droga no puede entenderse tan solo como una mera respuesta asociada a un placer químico, sino como parte de un intento psíquico mediante el cual preservar la integridad yoica frente a vivencias de carencia, pérdida o fragmentación. Tal cual señalan Winnicott (1981) y McDougall (1991), para quienes resulta posible leer el consumo problemático como solución somática frente a fallas tempranas en la constitución del *self*, especialmente cuando los objetos primarios (es decir, las figuras parentales) no lograrían funcionar como sostén.

Así, el vínculo con la droga se configuraría en torno a una doble lógica:

1. Por una parte, mediante una lógica “simbólica”, en el cual la sustancia operaría como soporte imaginario para organizar el deseo y la identidad.
2. Y en un segundo momento, a través de una lógica “defensiva” en la que el consumo busca negar la falta constitutiva, sostener un sentimiento de omnipotencia y evitar así el contacto con el dolor psíquico.

Ahora bien, dentro de este entramado, la droga se volvería más que un objeto externo; es decir, es también una posición subjetiva desde la cual el sujeto intentaría recomponer tanto su narrativa interna como buscar restablecer el frágil equilibrio.

Así, en función del presente marco se propone analizar los relatos clínicos que a continuación se desarrollan, en los cuales la sustancia aparece no solo como un medio para el placer, sino también como un organizador central de la experiencia subjetiva. En este sentido, el análisis propuesto parte desde un enfoque clínico-interpretativo que integra dos tipos de materiales: narrativas clínicas obtenidas durante procesos de investigación con un usuario en internamiento voluntario, con fragmentos literarios seleccionados por su potencial para iluminar, desde la cultura, las formas simbólicas a través de las cuales se construye la experiencia subjetiva con el objeto-droga.

Mediante esta combinación, se pretende responder a una doble justificación metodológica. Por un lado, las narrativas permitirían acceder al registro íntimo de los sujetos, es decir, al modo en que describen, recuerdan y significan su primer encuentro con la sustancia; por otro lado, las obras literarias actúan como textos proyectivos, ofreciendo representaciones que enriquecen la interpretación psicoanalítica. Siguiendo a Braunstein (2011) y a McDougall (1991), los discursos clínico y literario, en su complementariedad, permiten relevar la complejidad de las dinámicas inconscientes responsables de la organización psíquica en las drogodependencias.

El primer relato que se presenta lo constituye el de un usuario varón en internamiento voluntario por consumo de opiáceos y otras sustancias psicoactivas en Tijuana, Baja California (México). Se trata

de una serie de narrativas que permiten comprender cómo la experiencia mística del primer consumo opera como un punto de fijación y organiza, desde entonces, la relación con el objeto-droga:

Era un chico inseguro, tímido, pero al mismo tiempo era un chico extrovertido, ¿si me entiendes? Alternaba, o sea, en ciertos círculos era de una manera y en otros de otra manera. Por lo menos es lo que yo recuerdo, y yo veía a los morros que sabía que se drogaban, escuchaba músicas que mencionaban marihuana, escuchaba rap que hablaba de la marihuana, esto y el otro, la olía cuando fumaban, y yo tenía una curiosidad; o sea, en mi persona había como una sensación de incomodidad constante, no me sentía a gusto, quería sentir algo, algo diferente, quería como salirme de mí, y recuerdo que a mí nadie me indujo a consumir, yo fui el que busqué, yo pregunté, yo pedí el favor, yo saqué el dinero —¡hey! *dónde puede conseguir*—, hasta que un joven me hizo el paro, me llevó, la compró y le me la dio, y me dijo ten, te la puedes fumar en una manzana, ten, y ya vete. Y yo me fui, pero a mí nadie me indujo, el primer contacto que yo tuve fue en una azotea de un edificio con otro amigo, nosotros solos, un amigo que tampoco había fumado, teníamos 15 años, el otro tenía 14-13 años. O sea, mi primer contacto fue con una persona que no había fumado tampoco, fuimos dos morros inexpertos, y recuerdo que fue una sensación de lo mejor que había sentido en mi vida, nunca había sido tan feliz, nunca me había reído tan a gusto, nunca había comido tan a gusto, nunca había sentido tanto, y desde que la probé me enamoré, o sea, me enamoré hasta la fecha.

Sí, de hecho, con la marihuana es con la única sustancia que siempre siento esa magia. Con las demás drogas hay una primera vez y nada más, y ya nunca más a volver sentir eso; con la metanfetamina hay una primera vez y esa sensación nunca la vas a volver a repetir; con la heroína, no sé, puedes repetirla, pero no es lo mismo, es una de esas que [si] la quieres repetir te puedes morir, ¿me entiendes? Pero la marihuana, para mí, puta madre, es algo muy, muy arraigado en mi persona, desde esa primera vez quedó tatuado, y sí así fue como conocí la marihuana, a mí nadie me indujo, nadie me presionó, al contrario, yo presioné para que me dieran o me dijeran dónde conseguir (Comunicación personal, marzo de 2019).

En un primer momento, esta serie de fragmentos permiten identificar varios elementos relevantes para el análisis psicoanalítico, tal es el caso de:

- *La experiencia mística como un núcleo de fijación*: la narrativa describe un primer encuentro cargado de idealización: “lo mejor que había sentido en mi vida”, así como la intensidad afectiva y la vivencia de plenitud que remiten a la idea freudiana de una huella mnémica que organiza la repetición compulsiva (Freud, 1992/1925).
- *El objeto-droga como una elección narcisista*: el relato muestra cómo la marihuana adquiere un estatuto singular: “con la marihuana es con la única sustancia que siempre siento esa magia”. En el caso particular, el objeto droga opera como un soporte imaginario que permite sostener la omnipotencia narcisista, función que Chamizo (2019) vincula con el mito de Narciso.
- *La perturbación del recuerdo y el papel de la nostalgia*: el usuario recuerda con extrema precisión su primer consumo, lo que sugiere una fijación psíquica que mantiene viva la escena. Braunstein (2011), por ejemplo, señala que la nostalgia implica un intento de “invertir la marcha del tiempo” para restaurar un estado perdido, función que organiza el retorno constante al consumo.
- *La dimensión cultural y social dentro del relato*: la música, las referencias grupales y el contexto de pares son elementos que actúan como soportes simbólicos de la experiencia inicial. Estos factores, aunque externos, se inscriben en el psiquismo y refuerzan la construcción del objeto-droga.

En suma, esta narrativa, como muchos de los otros relatos que sobreabundan en la clínica, permiten evidenciar que el vínculo con la droga se construye sobre un trasfondo de carencias tempranas, particularmente en relación con las funciones parentales, pues entre los elementos más recurrentes se encuentra la ausencia de una figura paterna, así como la ambivalencia de la figura materna, factores que, desde una perspectiva psicoanalítica, impactan en la constitución del yo y en su predisposición a la búsqueda de objetos externos que logren funcionar como soportes.

En relación con estos dos factores, para Freud (1992/1923), la función paterna es aquella responsable de introducir al niño en el orden simbólico a través de la prohibición y la instauración de límites, posibilitando la internalización de la Ley y la construcción de una identidad diferenciada. Cuando esta función se encuentra debilitada, ya sea por abandono, fallecimiento, ausencia física o imposibilidad subjetiva para ejercerla, el psiquismo carece de un sostén estructurante, lo que favorece la búsqueda de sustitutos simbólicos. Aquí, la droga puede adquirir un estatuto de objeto de soporte, actuando como un “límite externo” a partir del cual un frágil yo buscaría sostenerse.

En paralelo, Winnicott (1981) destaca la importancia que la función materna tiene para el niño en cuanto proveedora de sostén afectivo y de continuidad psíquica. Sin embargo, en varios de los relatos analizados, la figura materna aparece atravesada por una marcada ambivalencia: puede ser, al mismo tiempo, protectora y caótica, amorosa y negligente. Ello genera una experiencia asociada con el doble discurso, en la cual la madre transmite mensajes contradictorios que dificultan la integración emocional del niño.

Una de las narrativas del usuario así lo describe:

Mi mamá era maestra y de lunes a viernes todo bien, pero de viernes valía madre (...) Empezaba así el ritual, la música, los mariscos, las cervezas, el alcohol, todo ese tipo de cosas que a mí en la infancia me provocaban mucha frustración, dolor, impotencia, coraje, que me hacían desear estar en otro lugar o tener otra familia (Comunicación personal, febrero de 2019).

Este fragmento resulta ilustrativo alrededor de cómo la figura materna, aunque presente, no habría logrado consolidarse como objeto de sostén emocional, siendo a su vez generadora de sentimientos de inseguridad y vacío. En términos de Winnicott: la falta de un ambiente suficientemente estable habría interferido en el desarrollo de la capacidad para estar solo, así como también en lo relacionado con el sostén de la propia subjetividad.

Sumado a ello, desde una lectura lacaniana, esta fragilidad también se articularía con la noción del “Nombre-del-Padre”, entendida

como aquel significante que introduciría la Ley y posibilitaría el pasaje del orden imaginario al simbólico. En este sentido, cuando la función paterna es débil, la falta de una inscripción simbólica dejaría un vacío posible de llenar mediante objetos sustitutivos, entre ellos: la droga.

Este fenómeno también puede observarse en otro fragmento narrativo, en donde el consumo no solo sería el resultado de un acto impulsivo, sino que daría cuenta de una estrategia psíquica a través de la cual gestionar la ausencia de sostén:

Sí, yo traía todo esto arrastrando, emocionalmente no estaba bien. Si un morro emocionalmente no está bien, ¿cómo se va a conducir si está todo confundido? Por un lado, tenía una familia bien, estable, y por otro lado tenía una madre alcohólica, de doble discurso, confusa, una madre muy tóxica, y eso sin mencionar a una pareja diferente cada determinado tiempo y todo lo que me tocaba ver, pues crecí para el lado de la chingada (Comunicación personal, febrero de 2019).

Este fragmento permite evidenciar cómo la falta de límites claros, pero ante todo, la inestabilidad emocional, generaría el terreno propicio para la búsqueda de objetos externos a partir de los cuales otorgarse sensaciones de estabilidad y de control.

En función de esta dinámica, es posible señalar que el objeto-droga se encontraría investido de una función reguladora, actuando como una suerte de “soporte imaginario” frente a la fragmentación psíquica. Como señala McDougall (1991), cuando los objetos primarios no logran proveer continuidad simbólica, el cuerpo se convertiría en el escenario de sustitución; el consumo operaría al modo de una “solución somática” a través de la cual tramitar carencias tempranas pero, paradójicamente, vendría a intensificar la dependencia.

Así, el análisis de estos relatos permite ilustrar el hecho de que la construcción del objeto-droga no puede explicarse tan solo por factores biológicos o sociales, sino que emergería de la compleja articulación entre las funciones parentales, la fragilidad narcisista y los mecanismos de defensa, generándose un vínculo singular que respondería tanto a necesidades inconscientes como a condiciones contextuales.

De igual forma, estos relatos también ejemplifican como la primera experiencia de consumo es vivida por el sujeto como un acontecimiento singular, cargado de una intensidad afectiva y de un significado simbólico. En la mayoría de los casos, los sujetos logran recordar con una gran precisión las sensaciones, los lugares y las personas presentes, como si se tratase de un recuerdo congelado en la memoria.

Desde el psicoanálisis, este fenómeno puede leerse en función del concepto de huella mnémica (Freud, 1992/1925), es decir, de la inscripción psíquica de una experiencia fundante que orienta comportamientos y deseos posteriores. Así, la experiencia mística descrita por los usuarios es imposible de reducirse a un simple recuerdo autobiográfico, sino que se constituye en torno a un núcleo de fijación libidinal que organizaría la compulsión a la repetición.

En “Más allá del principio de placer”, Freud (1992/1920) plantea que la compulsión a la repetición operaría como un intento del psiquismo por “dominar retrospectivamente” un acontecimiento que, en su momento, habría desbordado la capacidad de tramitación. En el caso particular de algunas drogodependencias, el consumo problemático buscaría reproducir una vivencia de placer absoluto; no obstante, esta recreación habría de resultar siempre fallida, pues la intensidad originaria nunca sería alcanzada, generándose un circuito de búsqueda infinita.

Sirviéndose de ello, Braunstein (2011) retoma y amplía esta idea al hablar de una nostalgia del goce perdido, señalando que la adicción puede leerse como una tentativa por recuperar un estado de completud originario: una “tierra prometida” imposible de habitar. Aquí, la droga adquiere la función de objeto-fetiché: sostiene la ilusión de que el placer primigenio puede ser restituido.

Esta dinámica se refleja de manera particular en el siguiente fragmento:

(...) y recuerdo que fue una sensación de lo mejor que había sentido en mi vida, nunca había sido tan feliz, nunca me había reído tan a gusto, nunca había comido tan a gusto, nunca había sentido tanto,

y desde que la probé me enamoré, o sea me enamoré hasta la fecha (Comunicación personal, febrero de 2019).

Así, aquello que queda de manifiesto en el relato no es otra cosa que la imposibilidad de repetir la vivencia inicial, lo que produciría en el sujeto un círculo de frustración y deseo que sostendría, a su vez, no solo el consumo de dicha sustancia, sino su exploración con otras sustancias y también con otras experiencias a través de las cuales remitir ese sentir. La droga se convierte aquí en un objeto transicional fallido (Winnicott, 1981) que promete restaurar un estado de integración psíquica, pero cuya eficacia se erosiona con cada uso.

Aunado a ello, este movimiento de búsqueda infinita resulta posible de articular con aquello que Chamizo (2019) describe, a propósito del mito de Narciso, como la imposibilidad de acceder al tan deseado reflejo: cuando más se intenta alcanzar, más se aleja. En este sentido, la droga se constituye también como un objeto imposible, simultáneamente cercano y distante, cuya persecución organiza la subjetividad del consumidor.

Por último, esta serie de relatos también muestran que, conforme avanza la trayectoria de consumo, parece producirse un desplazamiento progresivo del consumo, habiendo iniciado con claras connotaciones sociales a variantes cada vez más individualizadas. Aquí, por ejemplo, el espacio compartido con los otros deja de ser relevante y el placer se interioriza, volviéndose autoerótico: el sujeto ya no necesita de la mirada ajena para validar su experiencia, sino que se concentra plena y llanamente en la búsqueda íntima de ese “flash” originario. Este pasaje expone un repliegue del sujeto hacia sí mismo, donde la droga ocupa el lugar de un objeto narcisista absoluto, como el siguiente fragmento permite ejemplificar:

Sí, mira, con la heroína: la heroína la probé después de ver la vida que había tenido y no poder salir del hoyo en el que me encontraba, es decir, me internaban, salía y volvía a consumir. Me veía como esclavizado a como un círculo y que habían transcurrido años, entonces a la edad de 26-27 años dentro de mí había como mucha culpa y yo tenía que tomar pastillas para no sentirme así — «clonazepam» —, pero no había, y un compañero, un amigo, me

ofreció heroína por la nariz, la probé y logré descansar, tenía días sin dormir, me sentía muy cansado, emocionalmente muy deprimido, entonces como que me anestesió y dije, bueno de aquí soy, ya no me sentía tan destruido por dentro, y dije, bueno, esta madre vale la pena, de todas maneras ya estoy en el hoyo, qué más me puede pasar, si esto me quita el dolo interno, pues date. Y así fue como fue evolucionando mi adicción, el combinar la heroína con el alcohol se fue dando a eso de dos años para acá, porque ya mi cuerpo fue adquiriendo tolerancia, ya al último combinaba todas las drogas. Primero, consumía una para contrarrestar el efecto de otra, luego consumía y la combinaba con otra, luego consumía esas dos con otra, y al último terminé consumiendo todas al mismo tiempo. Entonces llegó el punto donde ya me hago bolas, ¿me entiendes?, o sea, ya al último consumía todo al mismo tiempo: si tenía, marihuana, si tenía, heroína, si tenía, cristal, píldoras, alcohol, si tenía, tabaco, ¡Uta! yo era feliz. Para mí un día de total felicidad era de que este día me drogué a gusto, tenía que tener todas las drogas aquí y estarme metiendo drogas, prender un cigarro de mota, meterme un fierrazo de heroína, fumar cristal, tomarme una píldora, tomarme unos *shots* de brandy, o sea, así era mi manera de consumir ya al último. Al último ya no me pegaba la heroína y tenía una nueva que salió que se llama fentanilo, o sea... (Comunicación personal, febrero de 2019).

En suma, más allá de la dimensión individual, es posible concluir que la relación con la droga se configura dentro de un entramado de factores culturales, simbólicos y territoriales que modelan la experiencia subjetiva. La música, las narrativas mediáticas, los grupos de pares y los espacios urbanos, por mencionar algunos, no solo rodean al consumo, sino que contribuyen a darle sentido, legitimidad y forma. La sustancia, nuevamente, no puede entenderse como un mero agente químico: es también un signo cargado de deseo que condensa valores, identidades y aspiraciones presentes en el entorno del usuario.

Desde una lectura psicoanalítica, la cultura funciona como una escenografía simbólica que otorga sentido al encuentro con la sustancia. Los discursos grupales, mediáticos o musicales dotan al objeto-droga de un valor imaginario que amplifica su idealización y permite reforzar la función narcisista antes analizada.

De igual forma, el espacio urbano también juega un papel central. Zonas de consumo visibles como callejones, bares y lugares de reunión funcionan como territorios simbólicos que condensan significados asociados con la pertenencia, la transgresión o la autonomía. Como señala Sayak Valencia (2022), el entorno fronterizo de ciudades como Tijuana, producen estéticas del riesgo donde el consumo y la violencia se entrelazan como parte de una misma narrativa cultural.

Así, lo cultural no se opondría del todo al marco psicoanalítico, sino que lo complementaría: si los factores sociales proveen imágenes y relatos que invisten a la droga de un sentido particular, sería el aparato psíquico aquel responsable de interpretar, inscribir y resignificar estos relatos en la economía libidinal del sujeto. El consumo, entonces, emergería de la intersección entre lo simbólico colectivo y lo inconsciente singular, donde el objeto-droga deviene tanto en un signo cultural como en un soporte imaginario para el yo.

Discusiones

El análisis realizado permite comprender que las drogodependencias no pueden abordarse únicamente desde una perspectiva clínica individual, ni tampoco reducirse a factores externos de tipo social o cultural. La relación del sujeto con el objeto-droga emerge como un fenómeno multidimensional en el cual convergen procesos psíquicos, narrativas culturales y configuraciones territoriales que inciden simultáneamente en la construcción subjetiva.

Desde el psicoanálisis, la denominada experiencia mística —descrita por los usuarios como un “flash” inicial de intensidad placentera— se configura como un núcleo de fijación libidinal; este primer encuentro con la sustancia produce una huella mnémica que orienta al deseo y organiza la compulsión a la repetición (Freud, 1992/1920). En este marco, mecanismos de defensa como la idealización y la perturbación del recuerdo intervienen activamente: la sustancia se inviste como un objeto excepcional, capaz de restaurar un estado originario de plenitud, al tiempo que el recuerdo de esa vivencia se re-

construye bajo una luz nostálgica, intensificando la búsqueda de su reproducción.

La droga, entonces, adquiere el estatuto de objeto narcisista (Freud, 1992/1914), invistiendo al yo de una omnipotencia imaginaria frente a experiencias previas de carencia o fragmentación. Este fenómeno se profundiza en aquellos casos donde las funciones parentales, particularmente las relacionadas con la función paterna de la inscripción simbólica y la función materna de sostén afectivo, se encuentran debilitadas (Winnicott, 1981; Lacan, 2013/1964). En ausencia de figuras primarias capaces de proveer continuidad emocional, la droga se instituye como un objeto de sostén, operando como recurso defensivo frente a la angustia de desamparo.

Sin embargo, este proceso no puede comprenderse sin considerar la dimensión cultural y territorial que rodea la experiencia del consumo. Los grupos de pares, las narrativas mediáticas, los espacios urbanos e incluso la música producen soportes simbólicos que modelan el significado atribuido al objeto-droga. Como muestran las narrativas clínicas, la sustancia no es solo un agente químico, sino también un signo cargado de deseo que condensa aspiraciones identitarias, formas de pertenencia y estéticas del riesgo. No obstante, en contextos fronterizos como en Tijuana, esta dimensión tiende a intensificarse: el territorio mismo deviene un escenario simbólico donde el consumo, la violencia y la transgresión se entrelazan dentro de un imaginario colectivo (Valencia, 2022).

La combinación metodológica entre relatos clínicos y fragmentos literarios permite ilustrar esta complejidad. Mientras los testimonios de usuarios revelan el modo en que la sustancia es significada en la subjetividad, la literatura aporta representaciones culturales que complementan y amplifican la interpretación psicoanalítica. De este modo, los dos registros —el clínico y el cultural— se articulan como textos proyectivos que muestran las múltiples capas de sentido implicadas en las drogodependencias.

En conjunto, el análisis sugiere que la comprensión del consumo problemático exige un abordaje integral que reconozca la inter-

sección entre lo inconsciente singular y lo simbólico colectivo. Este hallazgo abre la puerta a replantear tanto la práctica clínica como las estrategias de prevención e intervención, integrando las significaciones subjetivas, los aportes culturales y las dinámicas territoriales que atraviesan la relación con la droga.

Conclusiones

El análisis presentado permite comprender cómo la relación del sujeto con el objeto-droga no puede reducirse a explicaciones simplistas, ya sea exclusivamente biológicas, sociales o psicológicas, pues lejos de operar como fenómenos separados, la experiencia subjetiva, los mecanismos inconscientes y los factores culturales se entrelazan en la construcción de un vínculo singular con la sustancia.

De igual forma, a lo largo del artículo se ha mostrado que la denominada experiencia mística del primer consumo constituye el núcleo de fijación psíquica donde se inscriben huellas mnémicas que orientan a la repetición y que sostienen la búsqueda de un placer imposible de reproducir. Esta vivencia se articula con los mecanismos de idealización, desmentida, perturbación del recuerdo y despersonalización, los cuales operan en la configuración subjetiva de las drogodependencias y organizan el deseo en torno a la sustancia.

Asimismo, se ha evidenciado que la droga adquiere el estatuto de objeto narcisista al funcionar como soporte imaginario frente a experiencias de carencia, pérdida o fragmentación psíquica. En los relatos clínicos, esta función aparece con particular claridad en aquellos casos en donde las funciones parentales — tanto la paterna como la materna — se encuentran debilitadas, generando la necesidad de encontrar en la sustancia un objeto de sostén que provea estabilidad, continuidad y control.

No obstante, el consumo no se desarrolla en un vacío. Los factores culturales y territoriales aportan soportes simbólicos que modelan las significaciones atribuidas al objeto-droga. Los grupos de pares, las

narrativas mediáticas, los espacios urbanos y la música generan imaginarios compartidos que refuerzan la idealización de la sustancia y facilitan su inscripción subjetiva. En contextos fronterizos, como en el caso de Tijuana, en donde convergen dinámicas de exclusión, violencia y economías ilegales, estas dimensiones adquieren una densidad particular.

Como principal aporte, este trabajo propone pensar las drogodependencias como configuraciones psíquicas híbridas en que la sustancia no es solo un agente químico, sino también un signo cargado de deseo, un objeto investido de significaciones inconscientes y culturales. Reconocer esta complejidad resulta indispensable para el diseño de estrategias clínicas y de políticas públicas más integrales que consideren simultáneamente la subjetividad, los soportes simbólicos y los territorios donde se produce el consumo.

Referencias

- Braunstein, N. (2011). Diálogo sobre la nostalgia en psicoanálisis. *Desde el Jardín de Freud: Revista de Psicoanálisis* (11), 51-66. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4547193&utm_source=chatgpt.com
- Chamizo, P. (2019). *Las sombras de Narciso. Clínica Freudiana II*. Siglo Veintiuno Editores.
- Erikson, E. H. (1950). *Childhood and Society*. W. W. Norton & Company.
- Fenichel, O. (1973). Teoría psicoanalítica de las neurosis. Paidós.
- Freud, S. (1992/1914). Introducción del narcisismo. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XIV, págs. 65-68). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1919). Lo ominoso. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) (vol. XVII, págs 215-252. Amorrortu
- Freud, S. (1992/1920). Más allá del principio de placer. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XVIII págs. 1-62). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1923). El yo y el ello. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XIX, págs. 1-66). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1925). La negación. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XIX, págs. 249-276). Amorrortu.

- Freud, S. (1992/1927). Fetichismo. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XX, págs. 141-152). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1930). El malestar en la cultura. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XXI, págs. 65-141). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1936). Carta a Romain Rolland. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XXII, págs. 209-222). Amorrortu.
- Freud, S. (1992/1950). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. I págs. 211-322). Amorrortu.
- Lacan, J. (1972). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 20: Aún*. Paidós.
- Lacan, J. (2009/1960). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. En *Escritos* (vol. 2, págs. 755-788). Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2013/1964). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.
- Laurent, É. (1997). *La batalla del autismo*. Paidós.
- McDougall, J. (1991). *Teatros del cuerpo*. Paidós.
- Valencia, S. (2022). *Capitalismo gore*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1981). *El proceso de maduración en el niño*. Paidós.